

ESCritos MENORES

Francesco Guicciardini

I

[ELOGIO DE LORENZO DE MÉDICIS]



Traducción de José Antonio Hernández García

Lorenzo de Médicis murió el año de 1492 el di... de abril, cuando tenía alrededor de 43 años. Cósimo, el abuelo, era tenido como hombre de prudencia singular y de gran riqueza, y tenía tanta autoridad en el gobierno de la República florentina como solamente la puede tener un ciudadano en una ciudad libre. Muerto él, Pedro, su hijo —padre de Lorenzo, de grandeza parigual—, fue un hombre preclaro por su naturaleza bondadosa y clementísima. Muerto Pedro, todos los ciudadanos estuvieron de acuerdo en perpetuar en su hijo Lorenzo la misma autoridad, con el mismo grado que la habían tenido su padre y su abuelo, no obstante que no tenía más de 21 años pero era depositario de una grandiosa clase. Gobernó siempre con tanta prudencia y virtud que nunca será razonablemente recordado sin lágrimas debido a su muerte prematura, pues en su tiempo florecieron todas las prosperidades de riqueza, imperio, hombres virtuosos, letras y todas las buenas artes, reputación y, sobre todo, una grandísima unión y concordia civil que una ciudad podía tener, características todas que siempre tuvo mientras vivió, excepto durante el año 1478, en el cual la noble y

poderosa familia Pazzi, y maese Francesco Salviati, arzobispo de Pisa, llevaron a cabo una conjura con el favor oculto del papa Sixto y del rey Ferrando, por la que amenazaron a su hermano Giuliano con tan grande peligro que apenas pudo salvar su vida.

Al ser castigados los dos autores, siguió una guerra gravísima porque Sixto y el rey Ferrando, al decidir intentarlo abiertamente con armas y mediante un fraude y artes ocultas, enviaron un ejército poderoso al mando del duque de Calabria y del duque de Urbino en contra de los florentinos. Esta guerra duró más de dos años con una fortuna variable, siendo los florentinos ayudados por el Estado de Milán y por los venecianos y sus confederados, pero al final los confederados ayudaron con frialdad y las cosas comenzaron a declinar. Y todo porque el papa y el rey solían decir que no hacían la guerra por enemistad con la República sino por odio particular hacia Lorenzo, y a éste le pareció oficio de buen ciudadano que si se proveía a la patria por causa de sí mismo no se corría tanto peligro, y por esta razón fue personalmente a Nápoles para encontrarse con el rey Ferrando, con la disposición de persuadirlo de que él iba más bien con el propósito de ser su amigo en lugar de su enemigo; al no persuadirlo de ello, liberaría con su propia sangre tan peligrosa guerra. Dios ayudó con su buena intención, de forma tal que entonces partió de Nápoles con la paz concluida e inició con el rey una grandísima amistad que duró mientras vivió.

Fue esta la infelicidad que padeció Lorenzo, y que no obstante llegó a buen término, y así se conoció de su prudencia al ser liberado de graves peligros y por el amor que profesaba a su patria, habiendo puesto incluso en un periodo de paz su propia vida en manos de los enemigos. Fuera de este tiempo, toda su vida estuvo plena de buenos sucesos y de gloria, porque en la ciudad siempre acreció con concordia y unión universal su autoridad. En vida no sólo se conservó el imperio público, sino inclusive aumentó, porque se adquirieron por la fuerza —de mano de los genoveses Petrasanta y Serrezzana— tierras de enorme importancia para el dominio florentino; se adquirió Fivizzano y una gran parte de Lunigiana, compradas algunas en parte, y en parte dejadas por algunos señores de esa provincia que murieron sin dejar herencia.

En los asuntos comunes de Italia siempre procuró conservar la paz y prever que ninguno de los potentados se volviese tan grande que resultara peligroso para la libertad de los otros. Por esto, cuando los venecianos acometieron la em-

presa de apoderarse de Ferrara, aparentando que se volvían más poderosos, alentó a la ciudad a armar la defensa de ese ducado, en lo que también coincidían el rey Ferrando, el Estado de Milán y, hacia el final, el papa Sixto, no obstante que la ayuda más pronta y viva provino de nosotros. Siguió entonces la elección del papa Inocencio, quien en un principio se acogió a la protección de algunos barones que se habían rebelado en contra del rey Ferrando, de tal manera que el Estado se hallaba reducido a un gravísimo peligro. Parecía que Lorenzo esperaba la ambición de los pontífices, y que la grandeza de la Iglesia sería dañina para los demás, y sin embargo animó a la ciudad a defenderse de ese Estado y estimuló al mismo señor Ludovico —gobernador del ducado de Milán y que procedía con frialdad— de tal manera que se preservara la grandísima gloria de Lorenzo; entonces el poderío de los venecianos era mayor a cualquier otro en Italia, y ya era conocido su insaciable apetito por dominar, por lo que se resistieron y se esforzaron para que el rey de Nápoles, el duque de Milán y la República florentina vivieran en unión y bajo una liga particular, a lo que seguía la seguridad y la conservación común de toda Italia.

Por estos hechos él adquirió tal reputación de prudencia y autoridad, que en Italia no se discutía ningún asunto grave sin su voluntad. El papa Inocencio dejaba que gobernara todo. En la controversia que nacía entre el rey Ferrando y el señor Ludovico, él era el mediador y el que arreglaba todo, y la fe que cada uno de ellos tenía en su prudencia —y el miedo a que por su consejo nuestra ciudad no decayera por una de las partes— operaba de tal manera que, no obstante que se profesaran mutuamente mala voluntad, no se pasaba a una discordia mayor, de forma que él atemperaba la mala disposición de Italia. Estas obras y procesos demostraban abiertamente cuál era su prudencia en los asuntos de los Estados.

Pero no era menor su ingenio y su virtud en todas las demás cosas laudables. Fue de naturaleza clementísima: en el tiempo en el que estuvo en Nápoles, era opinión de muchos que el rey lo debería retener, y en Florencia algunos ciudadanos nobles trataron de enviarlo al exilio. A su regreso, perdonó a todos; y no sólo los perdonó, sino que a algunos de ellos los tuvo entre sus amigos íntimos, y resultó tan buen operador que fue exaltado a la primera dignidad de la ciudad. Así vivió siempre: con demostraciones de religiosidad, con muchas limosnas y favoreciendo de forma suprema a la Iglesia y a las obras pías.

Pero lo que le trajo grandísima gloria fue el amor y el inmenso ardor que profesaba a las letras y a todas las virtudes y buenas artes, para las cuales, sin importar fatigas o incomodidad alguna, se empeñó en premiar y, con grandes esperanzas, conducir en Florencia a todos los hombres excelentes en cualquier especie de doctrina y arte. Florecieron en su tiempo los estudios de humanidades, y hubo muchos hombres doctísimos. Uno de los grandes fue Cristóbal Landino, del que, siendo preceptor público, salieron muchos estudiosos como si fuese un caballo de Troya: Bartolomé Scala, exaltado por él y quien se hizo elegir con un honorable estipendio como el primer secretario de la República; y sobre todo Ángelo Poliziano que, siendo pobrísimo, desde sus más tiernos años fue educado en su casa, y a quien le suministraban dineros, libros y cualquier comodidad para su formación en las letras; al crecer, la edad lo fue proveyendo de abundantes entradas. ¡Cuánto hubo de admirable en la doctrina platónica de Marsilio Ficino! Giovanni Pico, conde de la Mirándola, milagro de nuestra era, tentado por la sobreabundante virtud de Lorenzo, se vino a vivir a Florencia. Se tardaron muchos años en interpretar las letras

griegas, primero Demetrio y después Constantino Lascari, hombres de juicio del todo singularísimo. De forma que bajo estos maestros, y en vista del enorme aprecio que Lorenzo tenía por los hombres doctos, la nobleza de toda la clase de jóvenes se dedicaba al estudio. Hizo instituir en Pisa un estudio público de todas las ciencias, y al que invitó con enormes salarios a todos los hombres doctos de Italia, de forma que casi no hubo algún hombre excelso que no fuese leído en lo que sin duda fue el primer Colegio de Italia.

Poseía tal diligencia que todos los religiosos, excelentes en el estudio de las epístolas sagradas, venían a Florencia; entre ellos amó singularmente a maese Mariano de Ghinazzano, uno de los más importantes predicadores de Italia, y para cuya contemplación edificó junto al muro un bellissimo monasterio; e hizo también una bellissima librería que llenó de cuanto libro raro y precioso se podía ver. Al percatarse de que en Italia no había muchos libros griegos, mandó a Grecia a Constantino Lascari con la comisión de comprar todos los libros notables que pudiese haber sin reparar en su costo. Disfrutó también de la escultura, la pintura y la arqui-



tectura, subvencionando y dando emolumentos a todos los hombres excelentes en estas artes. Igual sucedió con la música, e hizo ordenar en Florencia una capilla de cantores que no tenía ningún otro príncipe cristiano. Finalmente, fue de un ingenio universalísimo en todos los asuntos virtuosos, y refugio y patrocinio de todos los hombres excelsos en cualquier arte.

Su forma de vida fue más bien civil, la de un hombre privado más que la de un hombre de Estado, como si con su ejemplo no quisiera inducir a los demás ciudadanos a vivir suntuosamente, y así, en toda su conversación se percibía su humanidad, su afabilidad sin ningún fasto, como si fuese uno de ellos, y sin embargo, cuando a Florencia llegaba cualquier hombre de clara nobleza y virtud, le rendía con convites y honores supremos; en cuanto a liberalidad y apetito de gloria y excelencia era igual a cualquier príncipe. Con este arte y virtud gozó de mucha fama y reputación no sólo en Italia sino que también fue apreciado en las naciones exteriores, lo que fue cosa admirable. Y muchos reyes cristianos tenían una gran amistad con él; esto no se circunscribía nada más a la cristiandad, pues también entre los infieles se esparce su gloria, de manera tal que el gran sultán de Babilonia le mandó a Florencia unos hombres suyos para visitarlo y obsequiarle una jirafa y otros animales de aquellas regiones.

Murió estando toda Italia en gran quietud y felicidad, pero poco después de su muerte comenzó a perturbarse y a cundir la discordia, a lo que siguió la entrada de los franceses a Italia y la ruina universal. De esta manera, su muerte resultó calamitosa para todos, porque era opinión de los sabios que mientras él vivió era una especie de censor de los otros potentados, y no se fomentaba la desunión. No es casual que los cielos mostraran muchos prodigios a su muerte, pues a los pocos días de ocurrida aparecieron en el cielo muchos fuegos, se escuchaban alaridos en el ambiente y el domo de la capilla de la Santa Liberata cayó fulminado; también los leones que se encontraban en cautiverio en Florencia pelearon entre sí. La ciudad, que entonces era la suma de la felicidad de Estado, de riqueza y reputación, lloró su muerte no de otra forma sino como a la de un padre público, doliéndose de que un hombre tan excelente y que amaba ardientemente a la patria hubiese muerto así de joven. Se mantuvo de luto como única consolación, y ésta albergaba la esperanza puesta en sus hijos, en especial del segundo, el cardenal Giovanni, quien a pesar de encontrarse en una tierna edad se le veía de tal índole y parecía tener tales signos de probidad y de virtud, que entonces se tenía la opinión de

que debía ser inferior al padre, y existía una firme expectativa por todo aquello que tuviera que ser ornamento de aquella dignidad y de la Iglesia de Dios, y se pensaba que llegaría el tiempo en que el sumo pontificado se diera por virtud, no por ambición ni corruptela, y que viviendo hasta una edad apropiada tendría sin duda alguna que ser elegido.

II

DE SI ES LÍCITO CONDUCIR AL PUEBLO A LA BUENA LEY MEDIANTE LA FUERZA AL NO PODER HACERLO DE OTRA MANERA

Parecería que esta cuestión *prima facie* tendría escasa dificultad y poca razón para discutirse porque ninguna cosa se encuentra más en contra de la ley y de la libertad de la ciudad que la fuerza. Las leyes están hechas para generar un efecto tal que no sea otro que suplantar a la fuerza y hacer que la voluntad particular de un hombre no pueda más que la razón. El ser ciudad libre y deliberar libremente presupone que se determina a sí misma desde su propio lugar y según su parecer; usar la fuerza implica que en todo deba regularse de acuerdo al arbitrio de los demás en tiempo y forma. Quien no obstante quiere conducir al pueblo con la fuerza utiliza un modo opuesto a la sustancialidad de la libertad, y queriendo conservar el buen vivir y la ley comienza más bien a desgastarlos. No puede haber incluso mayor vituperio e infamia para una ciudad libre que el intento a ser forzada y violentada, porque ello erosiona el esplendor y la gloria que le confiere el estar en libertad. Desafortunadamente, aunque pueda beneficiarse con la fuerza, después se releva el honor, como el médico que quiere sanar a un enfermo y le da una medicina que lo empeora. Además, no debe ser de poca consideración para quien gobierna la República que si bien mediante la fuerza se puede hacer cualquier cosa que sea de sumo beneficio para la ciudad, se daría un pésimo ejemplo y daría ocasión para que en los tiempos futuros se quisiera cometer cualquier disturbio en la ciudad al proceder con las armas y la fuerza bajo el pretexto de querer hacer el bien, justificándolos con los ejemplos pasados; así es como comúnmente nacen todos los malos ejemplos y se escamotea la autoridad de los buenos príncipes. Quien echa mano de la fuerza pervierte la ley y la libertad, y también avergüenza a su ciudad, y da ocasión a que en otros tiempos se escuden bajo el poder y hagan mal a la patria.

Por otro lado puede considerarse (presuponiendo que la situación de la República se encuentre en tales términos que si no se enmienda la conducta se llegue a una ruina cierta, y

sin que la corrupción en la ciudad ni la división de los ciudadanos se les dé remedio o que al menos se les constriña) que también el mejor medio es contribuir de manera extraordinaria a la salud pública que abandonarla a su pérdida. Se puede hablar en este caso de que la ley misma consiente en ser violada una vez que se haya acabado con esta violencia para su perpetua conservación, a la cual solemos exceptuar de cualquier prohibición en caso de necesidad. No se puede decir que protege la ley aquel que, para no contravenirla, la deja arruinar, y no se puede llamar amante de la libertad a quien, para que no sea violada, la deja perder. Denominamos buenos o malos todos los actos de acuerdo con sus fines, pero no podemos decir que sea legítima o buena la fuerza cuyo fin es utilizar la fuerza. Ninguna ley de la naturaleza es más fuerte y está más ligada con más vínculos que la conjunción del alma y el cuerpo, lo que se demuestra al ver cuán dura y agria es su separación; y no obstante muchos hombres preclaros de los tiempos antiguos, para no estar en servidumbre y para no ver perder la libertad en su patria, la reponen perdiéndola violentamente y privándose de su misma vida.

Dicen los escritores sacros que el modo de proceder de Dios es según el orden natural de las cosas, y que cuando no basta conducir a una cosa a su finalidad predestinada, entonces se abandonan los modos ordinarios y llegan entonces los extraordinarios, y se conduce a la perfección mediante milagros y bajo términos sobrenaturales. Así, cuando un buen ciudadano ve la pérdida de su patria y conociendo cómo puede protegerla, debe hacerlo desde ese momento y por sobre todas las cosas —si se puede hacer mediante la persuasión y con las modalidades civiles y utilizadas en la república—; y cuando eso no sirve y es necesaria la fuerza, debe más bien usarse en lugar de dejar perderlo todo, y utilizar de manera concisa la violencia por la ley y la libertad para conservarlas largamente. Que esta opinión es verdadera lo demuestra también otra razón, con el ejemplo de Licurgo, quien de otra forma estableció el principio de que la ley sólo se recuerda mediante la fuerza y las armas, lo que es cierto, santísimo y admirable; y que, sin ningún móvil de respeto hacia sí sino sólo por el beneficio público, esta vía no debería intentarse si no se hubiese tenido antes por lícita o permitida.

Podría concluir, sin embargo, que esta sentencia no sea más verdadera que el símil con los buenos médicos quienes, cuando no pueden sanar la plaga mediante unguentos y medicinas dulces, recurren al hierro y al fuego. Más bien concluyo que si alguien se encuentra en una ciudad libre

debe hacer cuanto se pueda para procurar que nadie detente tanta autoridad que pueda utilizar para su arbitrio la ley y la fuerza; no debe confiarse por haberlo conocido en los buenos tiempos pasados y como amante de la patria, pues los hombres son falacísimos, ya que el poder siempre está latente, y la verdadera seguridad de que no se puede hacer el mal debe estar fundada no en que no se pueda, sino en que no se quiera.

III

DE SI MATARSE PARA NO PERDER LA LIBERTAD O PARA NO VER A LA PATRIA EN SERVIDUMBRE PROCEDE DE LA GRANDEZA DE ÁNIMO O DE LA VILEZA, Y DE SI ES LAUDABLE O NO

Con todo y que esta disputa hoy ya no represente ninguna dificultad, se atiende a la determinación de la ley cristiana que prohíbe a cualquiera valerse por sí mismo de la fuerza y no dar término a su vida fuera del tiempo y del modo destinado por Dios; ni tampoco queriendo examinarla con la razón natural y postergando la reverencia de la fe cristiana. No se puede negar que no se tengan muchas dudas, y que éstas hayan sido ampliamente ventiladas y animadas con incisivas razones en las antiguas escuelas filosóficas y de hombre doctos, entre quienes de manera lúcida sobresalen Cicerón y César; también fue aprobada por la autoridad suprema de hombres que, ora evadiéndola o bien reservándose para mejores tiempos, han vuelto esta cuestión más dudosa y oscura, la cual debería, sin ninguna controversia, ser discutida con el más sutil ingenio y por quienes sean proclives a la escuela filosófica y sobre las que no he leído ningún libro; empero, al hacer este discurso para mi ejercitación y no para la utilidad de otros, bastará que hable en términos muy generales y sólo con las razones que naturalmente me ocurren.

Y tampoco se puede negar que quien se mata con cualquier propósito no lo hace para huir bajo cualquier pretexto a lo que teme y provoca mala reputación. Por ejemplo, quien se mata para no ver a la patria o a una persona en servidumbre, lo hace porque desprecia la servidumbre y le teme a la incomodidad que provoca, pero con tan escasa medida que el temor lo obliga más bien a privarse de la vida y a permanecer sin sentido, que a sentir y regodearse en el mal que ello implica. La raíz y el origen de esta muerte se fundan en el temor al mal y, al sentirse amenazados, prefieren evadirse; pero es necesario decir si procede de la vileza o de la falta de ánimo, porque no se atreve a poder sufrir el mal mientras se

crea permanecer en la servidumbre. No puede decirse que sea el temor, sino el amor a la libertad, el que lo induce a hacerlo, pues este amor por la libertad tiene necesariamente como fundamento el odio a la servidumbre. Conociendo que el amor y el odio son correlativos, no puede ser el uno sin el otro, aunque se presupone que si alguien profesa amor a una cosa de ello no se sigue que se tenga odio al contrario, y así a la inversa; y sin embargo, quien es movido por el amor a la libertad, es al mismo tiempo y del mismo modo movido por el odio a la servidumbre, y ama aquélla por juzgarla cosa buena, y siente odio por ésta al juzgarla cosa mala. Y donde está el temor reside aquello que el hombre odia, y en consecuencia necesita confesar que es miedo a la servidumbre y al mal lo que presupone estar en aquélla. De esto se sigue que si se opta por huir de la servidumbre o de la patria, originalmente se está movido por el miedo y el temor, y no se puede decir que sea por la grandeza de ánimo sino por la vileza.

Esto mismo se confirma vivamente porque no hay duda según la sentencia común a todos de que ningún mal puede equipararse a la muerte, la cual disuelve el alma y el cuerpo, que es el mayor y más fuerte vínculo que tenemos los hombres, y sin embargo, los filósofos dicen que la muerte es la última de las cosas terribles, y ciertamente la pobreza, la vergüenza y la servidumbre son males menores frente a la muerte, pues a los hombres les es natural el ser y el hambre de ser, y quien no habla con la razón predispone desde el mal hasta el no ser. Y sin embargo, dice algún escritor santo que los que se encuentran damnificados en el infierno —donde no hay ninguna esperanza de la redención perpetua— no mutan su condición al no ser, pues natural es el apetito de los hombres por el ser. Y sin embargo, quien elige la muerte para cifrar la virtud opta por un mal mayor para evadir uno menor, y entonces procede a estimar y a reputar a la servidumbre como un mal mayor que no lo es, y se vuelve más miedoso a algo que no debe y que no es razonable. No obstante, no se puede decir que proceda de la generosidad de ánimo, porque la primera premisa del hombre de ánimo es no infligirse algo más terrible a sí mismo, pues con ello incurre en un defecto de falta de ánimo, y además es necesario decir que abunda lo timorato. Esta razón coincide no sólo en que esté sin ánimo y temeroso, sino que afecta también el juicio, al estimar un mal mayor que no lo es, y al elegir más bien un mal mayor que uno menor; lo que se puede comparar a quien quiere infligir dos heridas en lugar de una, y quien así lo hace sería motejado sin duda como el más estúpido de todos los hombres.

Esta misma opinión se confirma con otra elevada razón, porque quien, estando bajo servilismo, ya sea él o la patria, esperara que la libertad se pueda recuperar alguna vez y que ese mal sería temporal, sin duda elegiría de preferencia la servidumbre en espera de que acabara con el transcurso del tiempo, en cuyo caso la muerte sería el mal perpetuo. Matarse aunque sea por semejantes razones es una especie de desesperación, la cual proviene por la falta de ánimo y por una abundante timoraterz, máxime cuando se pierde la esperanza de que ha variado cualquier cosa a la que nos hemos acostumbrado a que esté largamente firme: vemos que los asuntos humanos y sobre todo los del Estado se van alternando, y donde están la victoria y el imperio mañana estarán perdidos y convergerán con la servidumbre; y lo que es más, veremos venir igualmente esta revolución y esta tempestad en tiempos en los que no aparece signo alguno en contra de la opinión de todos los hombres; y aunque no pierde la esperanza más que quien sea razonable, es menester que nazca de un ser demasiado timorato y miedoso.

No se puede negar que el matarse, así sea junto a la torre personal en ocasión del regreso del Estado deseado, resulte también dañino para otros; sobre todo cuando el hombre lo hace para no ver en servidumbre a su patria, a la cual podría ser más útil viviendo y esperando cualquier oportunidad para regresarla a la libertad y a su antiguo estado, que cercenándose la vida; y sin embargo, no se puede decir amante de la patria aquel que al infligirse un mal a sí mismo se priva de cualquier facultad de poderla ayudar en cualquier tiempo; tampoco puede alardear —al matarse y proceder por el poco ánimo y por temer demasiado a los males de la servidumbre— del escaso juicio por no sopesar el gran mal que constituye la muerte, e infliriendo una herida a sí mismo con un daño a los demás. Y en efecto, no se puede más que encomendar, con el ánimo que se ha soportado cualquier dificultad derivada de la servidumbre, que se preserve el poder para el tiempo en que se disfrute de la libertad.

Por otro lado, se lee que en los tiempos antiguos muchos hombres tenidos por grandes y generosos se mataron espontáneamente, no sólo para hacer algún gran beneficio a su patria, como lo hizo Decio y de cuyo caso no es necesario hablar aquí porque es distinto al tema propuesto, e incluso en nuestros propios términos carece de utilidad pública alguna el solo fugarse y no querer vivir en una patria que no es libre. Este jefe de los romanos apresó a Marco Catón, hombre de singular virtud y constancia quien, con gran ánimo siempre estimó poco el juicio de las multitudes, su

repulsa y otras infamias civiles, y fue tomado para utilidad de la ciudad por muchos enemigos para no vivir en una patria servil y en beneficio de los demás, y se mató en Útica. A él le siguió Marco Bruto, su sobrino, hombre muy erudito en los estudios filosóficos y de tanta prudencia y sobriedad que fue llamado la gala de la juventud romana. Él, con todo y que César ostentaba el primer puesto de la ciudad —y al no poder soportar por grandeza de ánimo que su patria fuera servil— se vuelve el jefe de la conjura en su contra; después fue el pueblo romano el que, por la alianza entre Marco Antonio y Octavio, cayó en el servilismo; entonces llega a la jornada contra los tiranos en los campos filipenses, que se quebrantan (con todo y que no carecía de facultades para poder huir y quizá con la esperanza de reunir nuevos ejércitos, o al menos de salvar muchas partes de Oriente que no se encontraban bajo el imperio romano; tampoco le faltaba la esperanza de poderse reconciliar con sus enemigos, tal vez bajo condiciones tolerables, inclusive por la relativa amistad que tenía con Antonio), no obstante que más bien quería trocar la vida que vivir en servidumbre y viendo que a la patria servil le seguiría una esperanza incierta.

Teniendo el pueblo hombres prudentísimos, no era dable creer que no conocieran cuáles eran los mayores males, si la servidumbre o la muerte; no era posible creer que habiendo demostrado toda la vida y siempre un ánimo grandísimo, se decidiera matarse por timorato, y más en tanto la muerte es por su naturaleza tan terrible como contraria al deseo de todos los hombres, cuando la voz tiene deseos de vivir y cuando no se puede creer a quien no teme a la muerte o que aparente temer a otra cosa. No se debe, sin embargo, decir que hombres tan sublimes como generosos se destinen a la muerte por temor a los males que se ciernen en vida, ni porque les faltase corazón para soportarlo; sino que más bien proceden con cierta grandeza y generosidad de ánimo, pues al estar acostumbrados a vivir libremente y con honor, lo consideran con tal vehemencia que desdeñan querer vivir en servidumbre y que les falte aquella gloria y libertad en la cual habían nacido y de la que se habían nutrido. La vida en sí debe ser deseada, y huir de ella es privarse también de ella; no obstante, al no ser perpetua y teniendo necesidad cada uno de morir, debe ser preferida una vida breve con honor que una larga con ignominia; y que es mejor vivir gloriosamente y dependiendo de sí mismo, lo que de cualquier modo es mejor que la vía de huir a la gloria perdida que tener en contra una razón y humillarse e inclinarse ante otros. No

debe nacer este apetito por temor a no poder soportar los males que se le infligen a quien huye, sino por no querer manchar la gloria y la generosidad con la que se ha vivido.

No le faltaba a Catón, a Bruto y a muchos otros similares, ingenio y facultad de saber vivir en servidumbre, ni arte o industria para saber humillarse ante los tiranos; ni temían —proviendo de su potestad— los tormentos y castigos que podían prevenir, ni tampoco eran inexpertos en los asuntos humanos, incluso habiendo visto en su época tantas y tan grandes mutaciones en su República que, al no conocerlas, pudiera que dichos males no fueran perpetuos, y que habiéndolos vivido quizás algún día regresaría a la patria la libertad. Pero considerando que no era potestad de alguno conservar siempre la vida, pero sí el honor y la gloria, y pareciéndoles que era un grandísimo vituperio permanecer, servir y estar sometidos por inequidad de la fortuna y que, según la ley de la naturaleza y la ley civil, les parecía que conservarían la gloria junto con la vida; no porque careciesen del ánimo para poder sostenerse en medio del servilismo, sino que estimaron más el mantener por siempre la gloria y el honor que la vida por poco tiempo.

Tal vez podría discutirse si les faltó juicio al estimar como vituperio o ignominia que permaneciera sin culpa la necesidad de la fortuna; pero suponiendo que les hubiese sido vituperable vivir así, no es justo poner en duda si les faltaba el ánimo; así, atribuir a una suma generosidad y estimar más la gloria y la reputación que su vida, siendo perpetua aquella y ésta temporal, y procediendo aquella de la propia virtud y ésta de la regla de la naturaleza. En cuanto a que la muerte es el mal mayor y el más terrible, tanto más debe alabarse y admirarse su constancia y su grandeza, que no temen por conservar su vida; ni debe tenerse en consideración el poder esperar que alguna vez recuperemos la libertad, porque esto no se quita más que viviendo una vez en servidumbre y estando bajo el tirano, y además que su gloria no haya sido manchada, la cual no regresa con la recuperación de la libertad, al ser descubierta la bajeza del ánimo para poder soportar el haber padecido y vivido bajo el tirano.

Esta razón me acosa por uno y otro lados, y a juicio mío no se puede negar —sobre todo teniendo la autoridad de tantos hombres— si no fuese teniendo una grandísima generosidad de ánimo; si bien es cierto que se puede discutir si tal generosidad está bien templada o no. •